

RESEÑAS

Karl Kohut y José Morales Saravia (editores). *La literatura chilena hoy: La difícil transición*. Frankfurt-Main-Madrid: Ed. Veruert, 2002. 500 páginas.

La introducción a las actas *La literatura chilena hoy: La difícil transición* firmada por el profesor Karl Kohut revela la diversidad de problemáticas por las que atraviesa la cultura chilena luego del término de la dictadura militar: ¿Cómo ordenar el vasto corpus chileno?, ¿cuándo y en qué circunstancias culmina el post golpe?, o ¿es que el corte arbitrario que gira en torno a 1973 da comienzo al desarrollo de una cultura parapetada tras el denominado “apagón cultural”? –enunciado, éste, paradójico y revelador de una riqueza inusitada.

Dentro o fuera de las fronteras nacionales y más aún dentro o fuera del canon, se debaten en el texto una serie de problemáticas en donde ciertos significantes como “dictadura”, “exilio”, “transición”, “emergencia”, “transmodernidad”, “generaciones” implican la inquietud de los compiladores Karl Kohut y José Morales Saravia para dar cuenta de un panorama abarcador de la cultura chilena de las últimas décadas del siglo XX. En esta dirección, la compilación no es sólo una reunión de textos que acechan a la literatura sino que tras los diferentes enfoques que la auscultan se reconfiguran un conjunto

de reflexiones que muestran las modulaciones de saberes y discursos con un acentuado matiz interdisciplinario.

El texto, que nació de un seminario llevado a cabo en la Universidad Católica de Eichstätt en 1999, está constituido por un prólogo, una introducción y seis apartados (Identidades, Conflictos, Posiciones, Evoluciones, Individualizaciones y Apostillas) y un epílogo, acompañados por un índice de los colaboradores que expresa sus respectivas trayectorias académicas. Tanto la introducción –firmada por Kohut– como el epílogo –cuyo autor es Morales Saravia– recogen los vectores de la publicación y la posición de cada colaborador en los cuales podemos leer diferentes enfoques hilados a través de la recuperación de la memoria cultural. Sin duda, el término “transición” opera como un tópico potente ya que marca un antes y un después de 1989- año en que culmina la dictadura- en el campo cultural chileno.

Dentro de la variedad que implica la polifonía de voces reunidas es posible destacar ciertas líneas de sentido que vertebran la publicación. En efecto, el texto no sólo ofrece un puñado de ponencias, sino que a través del formato libro, éstas constituyen sólidos artículos en torno a Chile, y a una genealogía necesaria que se construye a través de artículos de poesía, novela, acercamientos que tensionan la relación entre la litera-

tura y cine (Walter Bruno Berg), el teatro y sólidos artículos entorno al ensayo.

En todos se destacan dos aspectos: el primero se refiere a un cuestionamiento acerca del canon y en consecuencia a la consagración de los autores. En esta dirección, es importante señalar los artículos de Fernando Moreno Turner y del escritor Eduardo Labarca. En el texto del primero se observa un desarrollo de la situación actual de la narrativa desde una perspectiva que, felizmente, coloca la atención en autores *outsiders* como Francisco Simón Rivas o bien rescata obras escasamente conocidas de Fernando Alegría, Ana Vázquez o Hernán Valdés, en tanto que la recomendable reflexión del segundo –no exenta de una excelente mirada irónica– evidencia la problemática del mercado, la calidad literaria, la función de las editoriales y sus agentes. Derrotero por el cual incursionan también los escritores Jaime Collyer, Carlos Franz, Javier Campos y Darío Oses.

Un proceso de recuperación de voces silenciadas pero ya en el campo de la poesía hace audible el recuerdo de Juan Luis Martínez o Bárbara Délano junto con la minucia analítica en torno a la obra de Raúl Zurita (Harris, Morales Saravia); promociones poéticas, antes y luego del golpe, estéticas de lo abierto y lo cerrado (Manss) permiten al lector trenzar articulaciones entre lo que traemos como lecturas canónicas y un conjunto de autores que son escasamente conocidos en Chile y que se hace necesario difundirlos.

El otro aspecto destacable proviene de una acción cultural: la publicación es la resultante de un encuentro que no sólo reunió a escritores y críticos sino que –y este aspecto me parece sumamente importante– salvo contados catedráticos como Bernardo Subercaseaux o Rodrigo Cánovas, –el resto son eruditos resi-

dentos fuera de Chile. Esto no constituye un dato menor porque nos introduce en las aguas movedizas del estado de la literatura chilena durante la transición y a un intento por hacer visible una literatura constituida por un conjunto de letrados que no siempre poseen la difusión merecida. De allí la importancia de la palabra de los escritores Poli Délano, Fernando Jerez, Teresa Calderón, Ana María del Río, entre otros, junto con las reflexiones del joven poeta chileno, residente en París, Pedro Araya. Autores y críticos, desde ópticas diferentes, interpretan la lógica del mercado; casi todos manifiestan que la consagración literaria en nada se relaciona con la solitaria actividad escrituraria. En consecuencia, son interesantes el análisis realizado por la estudiosa francesa Stephanie Decante en torno a al estado de la cultura chilena durante la denominada transición como así también la posición Manfred Engelbert, quien en su sutil artículo tensiona el horror chileno con lo sucedido en Alemania durante el nazismo y rescata la labor de ciertas editoriales durante “los años duros” como Ornitorrinco.

Tanto el artículo de Decante como el de Andrea Pagni incursionan en torno a la constitución del campo cultural en los 90 pero mientras que la primera coloca el acento en la lógica del mercado, la segunda insistirá en la importancia de la “Revista de estudios culturales” como la publicación que incursiona por estéticas “fuera de lugar”. Indudablemente CADA fue un grupo contracultural pero es preciso destacar que el rol de la revista como difusora cultural considera sólo una esfera de la vasta producción artística de Chile en los 90.

Por otra parte, es posible destacar el lugar otorgado al teatro a través de los artículos de María de la Luz Hurtado y Osvaldo Obregón que

recuperan la producción teatral de los 70 y 80 poniendo el acento, en el caso de Obregón, en la producción teatral de Egon Wolff. Las reflexiones de ambos estudiosos regresan a la preocupación de la mayoría de los integrantes de esta publicación, es decir, a la internacionalización de la producción cultural chilena y su contrapartida: el olvido en el territorio nacional.

Paralelamente al teatro también se desarrolla un aporte significativo en torno al ensayo de realidad nacional como género de la transición chilena. El mismo posee una importancia similar que la narrativa y poesía luego del golpe de estado. En esta dirección, es posible destacar el texto de Bernardo Subercaseaux en donde se visualizan los ejes que han sido su constante preocupación: la identidad, su articulación compleja con lo nacional, la memoria y los modos de cómo estas problemáticas se de-clausuran en los 90.

Sin duda un aporte revelador de esta publicación es reunir este tipo de ensayos en donde los saberes se comprometen en un intento de dilucidar desde la sociología, la historia hasta la política los alcances en términos de impacto de la salida de la dictadura (Rinke, Nitschack). Por cauces similares transita el escrito de Patricia Cerda-Hegerl cuando ausculta esta problemática a partir de un autor que será considerado también por otros colaboradores: José Donoso. Los artículos de Franz y Concha, entre otros, consideran a Donoso, desde diferentes enfoques, como el autor faro, especialmente, para la llamada generación emergente.

Asimismo, es importante destacar los matices teóricos metodológicos con los cuales los diferentes integrantes de esta compilación analizan su objeto de estudio: la mayoría privilegia la perspectiva generacional (Délano, Jerez, Del Río, Cánovas,

Harris, y otros) ya sea para abordar a los llamados “novísimos” como así también a la “generación emergente”. Sin embargo, en algunos artículos referidos a la narrativa y a la poesía muestran que esta perspectiva de estudio no da cuenta de la compleja red de fuerzas del campo cultural y el cambio de *habitus* de los intelectuales por efecto del golpe de estado de 1973, como así tampoco canaliza el complejo debate en término de periodización literaria luego de 1989. De todos modos, esta uniformidad de criterios en varios estudios manifiesta un interés por ordenar la vasta biblioteca chilena desbaratada por la dictadura militar y la posibilidad de problematizar ciertos mitos como la identidad, al que se suman otros no menos importantes como son la postmodernidad y la cultura del mercado editorial que han tenido efectos nocivos en la difusión de la literatura chilena.

A esta densidad de problemáticas en donde resurgen los “novísimos” y los “parricidas” se suma otra no menos importante como es el auge de la literatura de mujeres ya sea en narrativa como en poesía desde la década del 70 en adelante (Pfeiffer, Harris, Calderón). Desde esta perspectiva conviven junto al nombre de Diamela Eltit, otras voces femeninas como las de Bárbara Délano, Soledad Fariña, Verónica Zondek, Teresa Calderón, Paz Molina, Cecilia Vicuña, etc.

¿Es posible narrar o poetizar el horror?, ¿es la transición desde la mirada artística una metáfora del reverso del olvido, común a los discursos oficiales?, ¿cuáles son las estrategias de los autores para hacer frente a la cultura de *mass media*? Sospecho que estos son los interrogantes claves que deambulan en esta compilación, felizmente, necesaria para aquellos que deseen saber cómo y porqué el arte en Chile resulta “una escena de avanzada”.

Mirian Pino
Universidad Nacional de Córdoba